

GRANADA

CUADERNO DE VIAJE

● Arquitectura, urbanismo, cine y literatura para adentrarse en la ciudad de la luz

En el vientre de París

J. ANTONIO GONZÁLEZ ALCANTUD

Catedrático de Antropología Social de la UGR



ESTE verano el visitante que acuda a París podrá contemplar entre otras novedades que el centro comercial de les Halles, en pleno corazón de la urbe, cerca del ineludible y exitoso centro Pompidou –tan aclimatado ya al paisaje urbano como la propia torre Eiffel–, está en reformas desde hace dos años. Los arquitectos han puesto en pie unas grandes estructuras metálicas que sobrevuelan su primitiva disposición subterránea con jardines en superficie. Pero quizás desconozca el viajero, a pesar de los paneles explicativos *in situ*, a qué responde exactamente ese gigantismo transformador, aunque lo intuya, sabedor de que París, a pesar de su bien llevada edad, conserva una extraña vitalidad, que siempre acaba deparando en novedades.

Llegado a este punto el lector debería recordar o ver, si no lo ha hecho aún, la película iconoclasta, como todas las suyas, de Marco Ferreri, *Touche pas à la femme blanche* (1974), que tuvo un reparto excepcional encabezado por Catherine Deneuve, Marcelo Mastroianni y Michel Piccoli, y con la ayuda en las bambalinas de nuestro Rafael Azcona. Película que nos dejó una imagen inolvidable del centro de París a poco de acaecidos los acontecimientos revolucionarios de mayo de 1968. La última secuencia del film es una vista aérea tomada desde un helicóptero que al alejarse pone en distancia a les Halles, que en aquel tiempo ya no eran otra cosa que un enorme socavón excavado al lado mismo del edificio de la Bolsa parisina. Este agujero gigantesco, asemejado a una especie de gran explotación minera a cielo abierto, sirvió a Ferreri para hacer una de sus mejores películas. El argumento del filme es directo y metafórico a la vez: el general norteamericano Custer, junto a Buffalo Bill con quien rivaliza en heroísmos de pacotilla, acude a París a librar una batalla contra los últimos

indios. Acogido por la *crème parisina*, que se reúne al calor de la Bolsa, se presta a tener en el socavón aludido el último y definitivo combate por la civilización, representada por él, y contra la barbarie, que encarna una *clochardizada* y pobre *troupe* indígena. Entre los asesores de Custer sobresale un “antropólogo” que come compulsivamente palomitas y que al final de la película nos desvelará su verdadera personalidad luciendo una camiseta sobre la que reza el anagrama “C.I.A.”.

La batalla entre Custer y los indios transcurre en aquel paisaje de ruinas urbanas, aún a medio demoler en los bordes del socavón. De hecho, vemos cómo mientras dialogan los protagonistas trabaja

creto de los viejos mercados de París fue recogido tiempo atrás por Émile Zola, el célebre novelista que con el *J'accuse* inauguró el ciclo de los intelectuales comprometidos, en una parte de la serie de los Rougon-Macquart llamada precisamente *Le Ventre de Paris*. Un estómago que era de una materialidad primaria: por él se abastecían a diario los parisinos de legumbres, pescados y carnes con los que mantener proteínicamente activa a aquella Babel fascinante, de cuya inextricable vitalidad dieron cumplida cuenta los paseantes urbanos Louis Aragon y Walter Benjamin. Una buena colección de grabados y fotografías que reflejan fielmente ese ambiente de comercio primario de la gran urbe del siglo XIX

célebre descripción de quesos –comparable a la magdalena proustiana– o de un blanco pichón coronando una montaña de carnes sanguinolentas, fue retratado literariamente por Zola con precisión de etnógrafo. El maestro acudía a diario a observar y anotar en cuadernos lo que veía para convertirlo luego en novela social. Trataba de dar cuenta Zola de aquella burguesía que todo lo engullía –la vida, el dinero, los placeres...–, que tenía puestos sus ojos especialmente en la comida. Esa plutocracia babilónica era adepta de la gula, y en sus digestiones les Halles ocupaban el trono de sus preferencias. Esos y otros excesos descritos por Zola lo convirtieron en sospechoso de estar adherido a la inde-



STEVEN PATERSON, LES HALLES (PARÍS 1980)

la piqueta inexorablemente en la demolición de lo que queda de los pabellones Baltard, unas ligeras construcciones en hierro, levantadas a mitad del siglo XIX por el arquitecto clasicista que le da nombre por encargo de Napoleón III. Cuando Guy Debord, el líder situacionista autor de la *Sociedad del Espectáculo* –no debe perderse el viajero la exposición organizada por la biblioteca nacional francesa sobre él–, filme una de sus películas sobre le psicogeografía urbana –*In girum imus nocte et consumimur igni* (1978)– pondrá de relieve, con imágenes aéreas de archivo semejantes a las de Ferreri, una vez más los pabellones de Víctor Baltard. Trata de recordarnos Debord así por dónde atacan los dueños del espectáculo urbano contemporáneo.

¿Qué secreto albergaban los pabellones Baltard para recibir con tanta saña la violencia demoledora a pesar de que en aquella época ya se levantaron voces de protesta contra su vergonzante final? El se-

y buena parte del XX puede contemplarse con nostalgia no exenta de rabia en el Museo Carnavalet, sito en el barrio del Marais. Por estos residuos museísticos sabemos el aspecto de aquel cuadro social de costumbres que atrajo a Zola.

El recuerdo siquiera lejano de los bristró que rodeaban la zona ha quedado adherido a los nombres de ciertos restaurantes, como *Au pied de cochon*, más adecuados hoy al turismo que a la vida bohemia. Lugares donde antaño la gente menuda, o las “clases peligrosas” que les llamó atinadamente el historiador Louis Chevalier, se atiborraban de comer y beber... Y a veces de fornicar, ya que cerca se encontraba uno de los lugares de comercio carnal célebres de París: la rue Saint Denis. De hecho las ramerías tenían sus santos, a los que prestaban devoción en la iglesia de Saint-Eustache, al lado mismo de les Halles. Todo ese mundo de olores, sabores, vista y tacto, donde se mezclaba la hediondez con lo más excelso, como se comprueba en una

seable “Internacional”, y ser puesto bajo seguimiento policial. Un internacionalista en definitiva, este Zola, admirador de una bohemia a la que Marx detestaba por escurridiza en relación a los supuestos intereses del proletariado militante.

Aunque el 68 fue sobre todo asunto de la orilla izquierda del Sena, en la derecha, entre la Cité y los grandes bulevares –levantados por el barón Haussmann para castigar con un urbanismo rectilíneo al pueblo menudo– se alzaba este singular universo que el maestro del realismo llamó con fortuna “el vientre de París”. El presidente Pompidou decidió de manera precipitada, poco después de terminado el 68, como dijimos, demoler y sanear la zona. Las razones de tanta precipitación, sólo pueden ser adjudicadas, vistas desde hoy, a un deseo manifiesto de dar un golpe mortal al festival callejero estudiantil. De ahí el funcionamiento mecánico e implacable del martillo pilón que se llevó por delante el hervidero parisiense de la vida gargantuesca.

El mismo Chevalier, que había escrito de la emergencia de las clases peligrosas, dio a la luz libro de denuncia sobre el “fin de París”, que contemplado en perspectiva actual tiene algo de profético. Sobre todo, cuando se evidencia que los proyectos arquitectónicos que se han ido sucediendo en la zona de les Halles para hacer centros comerciales y jardines, han fracasado uno tras otro. Las reformas en marcha ya abiertamente intentan volverle a dar vida a este cadáver urbanístico resultante de la acción de la piqueta. Resulta cuanto menos curioso que ahora la nueva reconstrucción de les Halles busque rememorar a aquellos otros pabellones en hierro que albergaban vida y efluvios humanos.

Caso distinto de rehabilitación urbana exitosa en París es la zona de Bercy, donde antaño desembarcaban el vino, lugar industrial por excelencia, donde todavía pueden verse algunas chimeneas en lontananza, que ha sido recuperada con la instalación de instituciones culturales como la Biblioteca nacional o la Cinemateca francesa, con un puente peatonal magnífico que las une, y unas playas urbanas llenas de bares fluviales sobre el Sena. La zona está viva, y en ella ya no sopla el viento gélido de la desolación.

Todo esto lleva a pensar automáticamente en la vida callejera de ciudades como México, donde el pueblo llano, teniendo que sobrevivir a diario, se tira a la calle de madrugada a instalar tenderetes inverosímiles. El

sahumerio de los puestos de “carnitas” y de “aguas” (refrescos), y la venta de las cosas más fascinantes que concebirse pueda –con algo de mágico en su concepción– dan a México ese aspecto ya periclitado en Europa, de espacios e intersticios donde alzan su imperio Gargantúa y Pangruel.

La vista aérea del socavón París, mientras de fondo suenan apagados tambores indios de guerra, adquiere toda su densa significación al final de la película de Ferreri. Pero, hoy el mundo ya es otro y París no quiere quedar atrapada en la nostalgia de lo que fue y ya no es. Así pues, sea cual sea el resultado de la actual rectificación urbanística de les Halles, cabe constatar, que aunque muchas veces se ha certificado la muerte por edad de París, convertida en un momificado parque de atracciones, especie de efusión de Eurodisney, resta mucho por hablar aún de esta singular Babel, amada, a veces localmente, por los *flâneurs* de todo el mundo desde hace dos siglos.